

EL VALOR DE LA PALABRA EN LA ELABORACIÓN.

Si bien la meta de todo tratamiento analítico ha sido siempre hacer conciente lo inconciente, el modo de concebir aquello inconciente que debía hacerse conciente fue variando con el correr del tiempo. En los comienzos, se lo concebía como un suceso traumático reprimido, acaecido realmente —según se suponía— en el pasado del neurótico. La cura consistía, entonces, en la posibilidad de recordar, ya que el afecto reprimido —responsable último del síntoma— sólo podía descargarse cuando se traía a la conciencia el recuerdo del suceso traumático que, en su momento, lo generó. Descubrimientos posteriores como el *proton pseudos*, el valor encubridor de ciertos recuerdos infantiles y, sobre todo, el fenómeno de la transferencia, fueron cambiando, paulatina y radicalmente, aquella primera concepción.

En 1966 Chiozza, Laborde, Obstfeld y Pantolini (1966a y 1970c [1966]), abocados al estudio metapsicológico de la interpretación, arriban a una serie de puntualizaciones que contribuyeron de manera significativa al cambio que mencionamos. A título de ejemplo y sin pretender ser exhaustivos, mencionaremos algunas de ellas: Si lo inconciente no puede llegar a la conciencia sino a través de derivados, todo recuerdo será siempre un recuerdo encubridor del presente transferencial; por lo tanto, si la interpretación logra la cancelación del síntoma, ello se debe al hecho de que ella se ofrece como un derivado económicamente más ventajoso que el síntoma. De esto deducen los autores que a las interpretaciones no les cabe el criterio de verdaderas sino, más bien, el de adecuadas. En otras palabras no pretendemos interpretar lo cierto sino lo que, en cada momento, resulta más acertado.

Los autores de aquel estudio, nos ofrecen otra conclusión inobjetable aunque, por cierto, desconcertante (en Chiozza, 1970h [1968], pág. 47-48): Si la transferencia actúa, preverbal e inconcientemente, sobre el analista, la contratransferencia hará lo propio sobre el paciente; de aquí deducen los autores que, si la contratransferencia actúa sobre la transferencia antes que el enunciado verbal, el agente terapéutico por excelencia no es la interpretación que ofrecemos al paciente sino aquello

que consigue mutar la contratransferencia del analista. El mejor ejemplo de esta situación lo encuentran en el fenómeno llamado “cura transferencial”, frecuente en los comienzos del tratamiento; la llamada “luna de miel” analítica donde el proceso terapéutico parecería cumplirse de un modo inconciente¹.

El elemento clave que permite comprender la veracidad de esta afirmación, radica en el trascendente papel del afecto en el proceso terapéutico. Como ya subrayara Racker (1952), la importancia terapéutica de la posibilidad de recordar radica sobre todo en el “revivir”, es decir, en el hecho de volver a experimentar el afecto que, hasta entonces, estaba reprimido. Dado que nadie puede ser matado en ausencia o en efigie (Freud, 1912b), no podemos prescindir del afecto —actual en la vivencia transferencial—, ya que el afecto, como descarga real, aporta el indispensable carácter de realidad a lo acontecido durante la sesión (Chiozza, 1978b [1977])².

Ahora bien, si el agente terapéutico “por excelencia” es aquello que consigue mutar la contratransferencia del analista, cabe, entonces, preguntarse cuál es la importancia de la interpretación que formulamos verbalmente al paciente. Creo que nadie, intuitivamente, dudaría del papel trascendente de la interpretación verbalizada; por más que sepamos que el afecto no necesita unirse a la representación-palabra para su descarga en la conciencia, conceptos como los de integración, *insight* y elaboración, parecen estar indisolublemente ligados al poder de la palabra. Pero en términos teóricos, ¿en qué consiste ese poder?

¹ A partir de las actas de un grupo de estudio formado, además, por Laborde, Obstfeld y Pantolini, Chiozza resume esta fase del análisis haciendo la siguiente esquematización: «1. El paciente transfiere. – 2 El analista contratransfiere. – 3 El paciente transfiere de una manera modificada. El proceso terapéutico se ha llevado a cabo de una manera inconciente.» Unos párrafos más adelante, en el mismo texto, sostiene que esta descripción se ajusta, principalmente, a lo que sucede durante «la “cura transferencial” en la cual el paciente mejora o se alivia mediante la misma transferencia» (Chiozza, *Ibid.*, pág. 48).

² Como sostiene Chiozza (1995j [1988]): «... la cuota de afecto que la interpretación produce debe ser suficiente, porque el verdadero motivo de la represión es impedir el desarrollo del afecto, y, sobre todo, porque el afecto constituye siempre una descarga real [...] Aquello que asegura una suficiente participación del afecto en la interpretación es precisamente la transferencia».

En nuestros días, donde el análisis se propone lograr una modificación estable del carácter, hacer consciente al afecto reprimido con el instrumento de la transferencia, no agota la meta del tratamiento psicoanalítico. Volvamos al ejemplo de la cura transferencial citado al comienzo (ver nota 1); afirmar que el proceso terapéutico se produce de modo inconciente no implica que no se haga consciente lo inconciente; “transferir de una manera modificada” implica sentir en el encuentro con el analista —como personaje inesperado— un afecto distinto y, como sabemos, los afectos son procesos de descarga que, como tales, arriban a la conciencia.

Sin embargo, el ejemplo de la cura transferencial no es el que mejor representa, a mi entender, el valor terapéutico del psicoanálisis. Como sostiene Chiozza, lo que mejor representa ese valor es lo que el autor designa como el “medio-juego” del análisis y representa³, esquemáticamente con la siguiente situación: «1. *El paciente transfiere.* – 2. *El analista toma conciencia de lo que está contratransfiriendo y mientras lo contratransfiere lo va modificando en el proceso de “soñar” (idiograma oniroides primitivo) y hablar* – 3. *El paciente transfiere de una manera modificada e inconciente como respuesta a la acción de la contratransferencia (parte de la cual se realiza en el hablar)»* (Chiozza, 1970h [1968] pág. 48). Vemos que aquí no se omite la mención de la importancia del hablar, pero no obstante surgen muchos interrogantes: ¿cuál es, en términos teóricos, la importancia del hablar? ¿Qué parte de la contratransferencia “se realiza en el hablar” y de qué modo?, ¿qué sucede con la conciencia del paciente cuando escucha la interpretación?

Como dijimos al comienzo, la consideración del contenido de lo que el paciente debe hacer consciente durante el proceso terapéutico ha ido variando con la evolución del psicoanálisis. Conceptos como el de integración y elaboración, evidentemente, van más allá de la posibilidad de hacer consciente el afecto actual que, en determinado momento, se

³ Quizás sea más correcto atribuir la autoría del esquema citado a continuación a Chiozza, Laborde Obstfeld y Pantolini. Dado que en una parte del artículo citado por mí, Luis Chiozza sintetiza ideas extraídas de las actas de un grupo de estudio formado por esos autores no siempre resulta claro discriminar hasta dónde llegan las ideas del grupo y dónde comienzan las del autor del artículo. Temiendo incurrir en un posible error, hago la presente aclaración.

trasfiere de una representación ausente sobre la figura del analista⁴. Aunque la conciencia del contenido afectivo de la transferencia sea imprescindible para la elaboración, por sí sólo no es suficiente; para que la elaboración se produzca debe agregarse la conciencia del hecho mismo de transferir.

En otras palabras, entendemos por elaboración, no tanto al hecho de que el paciente, por ejemplo, tome conciencia de que experimenta en el vínculo con el analista determinados afectos, sino más bien al hecho de tomar conciencia que esos afectos provienen de otras representaciones; de la importancia que tiene para su vida que los afectos originados en vínculos históricos dominen una gran parte de sus vínculos actuales. Que en lugar de vivir experiencias nuevas, revive una y otra vez, inmodificadamente, las mismas vivencias traumáticas del pasado. Para decirlo en palabras de Racker, que su carácter —erigido a partir de antiguas vivencias— construye su presente y su futuro al modo de un destino. Que, transformando Eros en Tánatos, está forzando a la vida a incurrir en esa repetición artificial que él mismo desea cambiar⁵.

Si bien el afecto actual, surgido de la repetición transferencial, tiene el valor “real” de un “hecho”⁶, tomar conciencia de la repetición de los mismos afectos en distintos contextos no pertenece a la categoría de los hechos porque implica la posibilidad de establecer relaciones y nexos entre afectos actuales y afectos latentes, entre percepciones y recuerdos. Podemos decir, entonces, que si el afecto actual es un “hecho”, la *relación* entre la representación presente, unida al afecto, y la original ausente sólo puede existir como un “dicho”.

⁴ Por este motivo, como veremos más adelante, Chiozza (1998i [1994]) considera que la unidad terapéutica del psicoanálisis no es la interpretación que trae el afecto a la conciencia sino el proceso de elaboración que consiste en volver, una y otra vez, sobre el mismo afecto desde distintos contextos.

⁵ Subrayemos una vez más que al enfatizar estos aspectos no estoy queriendo restar importancia al papel que juega la descarga del afecto actual que subrayé en párrafos anteriores posibilitada por el analista como personaje inesperado. Sin el afecto que aporta la “carne” a la convicción, todo lo mencionado podría transformarse en un conocimiento intelectual de la teoría, inútil para cualquier cambio genuino en la vida del paciente.

⁶ Es decir, una serie de cambios corporales “reales” que la conciencia registra como sensaciones somáticas correspondientes a ese particular afecto.

Estos nexos *entre* las cosas no son susceptibles de percepción porque no son, en sí mismos, “cosas”. Si nuestro objetivo es llevar estos nexos a la conciencia, deberemos ser capaces de transformarlos en “cosas” perceptibles. El medio más eficaz para tales fines no es otro que la palabra. Mediante el sistema de fonación, el aparato auditivo y un código de símbolos compartidos que llamamos lenguaje verbal, podemos dotar a una idea de aquello que Freud llamó “signos de realidad objetiva” (Freud, 1950a). La palabra que el analista pronuncia —produciendo, por vibración, una modificación real del aire— pasa a formar parte de la realidad material; una vez oída por el paciente, forma parte de su “mundo perceptivo”.

Si bien se ha subrayado repetidas veces el valor simbólico de la palabra, capaz de convocar representaciones ausentes —es decir, recuerdos—, lo que aquí queremos destacar es otra cosa: la palabra puede transformar en percepción algo que nunca lo fue; algo que no es un recuerdo de una realidad del pasado, sino una *relación nueva* entre representaciones ya existentes. Difícilmente otro medio pueda ser más efectivo que la formulación verbal de la interpretación para traer a la conciencia del paciente la relación entre el “aquí y ahora” y el “allí y entonces”.

Analizar la transferencia no se limita a comprender lo que el paciente está sintiendo “aquí y ahora”, sino poder captar el *sentido transferencial* de las vivencias que, a través del relato, el paciente comunica; es decir, cómo su vivencia actual es producto de su pasado transformado en carácter. Lo que el analista hace consciente al analizar, en profundidad, la transferencia es el *nexo entre esto y aquello*; el “aquí y ahora” en *relación* con el “allí y entonces”. Cuando el analista llega a este nivel de comprensión, redescubriendo una vez más el concepto de transferencia en toda su dimensión, difícilmente desee interpretar otra cosa.

En otra oportunidad, al ocuparme de la interpretación indirecta de la transferencia, sostenía que la «*conciencia del significado “directo” [transferencial] de lo que estamos interpretando modifica, inevitablemente, la formulación de la interpretación, de modo que, aunque se refiera a los personajes del relato, tiene un carácter más general y abarcativo*» (Chiozza, G., 1998a, pág. 372). Expresiones tendientes a iluminar nexos como “ahora, otra vez” o “aquí, como allí”, difícilmente puedan representarse prescindiendo de la palabra.

Si, como afirma Chiozza (1998i [1994], pág. 343), «*la unidad del proceso analítico no es el insight sino la elaboración*»; es decir, volver desde distintos contextos, una y otra vez, sobre las mismas cosas, y el tratamiento psicoanalítico, al modo de un catalizador, pretende asegurar y acelerar el proceso de elaboración, no parece posible alcanzar esa meta prescindiendo de la formulación verbal de la interpretación.

BIBLIOGRAFÍA

FREUD, Sigmund (1912b)

“Sobre la dinámica de la transferencia”, en *Obras Completas, Sigmund Freud*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund (1950a) “Proyecto de una psicología para neurólogos”, en *Obras Completas, Sigmund Freud*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

CHIOZZA, Gustavo (1998a) “La interpretación indirecta de la transferencia”, en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Luis, (1970h [1968]) “El qué-hacer con el enfermo”, en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Luis (1978b [1977]), “Patología de la transferencia y la contratransferencia”, en “La interpretación de la transferencia-contratransferencia”, en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Luis, (1995j [1988]), “Teoría de la transferencia en Klein y la escuela inglesa”, en LUIS CHIOZZA CD, *Obras Completas*, Fepseo, In Context, Bs. As. 1995.

CHIOZZA, Luis, (1998i [1994]), “Recuerdo, repetición y elaboración en la crisis actual del psicoanálisis”, en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Luis, LABORDE, Víctor, OBSTFELD, Enrique y PANTOLINI, Jorge, (1966a), “Estudio y desarrollo de algunos conceptos de Freud acerca del interpretar”, en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Luis, LABORDE, Víctor, OBSTFELD, Enrique y PANTOLINI, Jorge, (1970c [1966]), “El uso del pensamiento lógico en la interpretación puesto al servicio de la contrarresistencia”, en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

RACKER, Enrique (1952), "Sobre técnica clásica y técnicas actuales del psicoanálisis", en *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1981.